

La declinación del ideal caballeresco en *Enrique IV* de William Shakespeare

Noelia Fernández

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

Dentro del desarrollo histórico y cultural de Inglaterra, la era isabelina se presenta como un momento de transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Por un lado, asistimos a la perpetuación de ciertos códigos sociales, culturales y filosóficos característicos del período inmediatamente anterior y, al mismo tiempo, al nacimiento de ciertos rasgos modernos que comienzan a emerger. En el marco de esta dialéctica particular, la cosmovisión isabelina articula, en cierto sentido, una reformulación contemporánea de ciertos elementos heredados de la Edad Media. Se trata de esquemas mentales que, en el Renacimiento, adquieren características propias, puesto que no son ya sistemas cerrados, armónicos, estancos. Algunos acontecimientos definitorios de la era renacentista, como la Reforma Protestante, la nueva cosmovisión y el pensamiento de Maquiavelli, constituyen los puntos de quiebre de todas las antiguas certezas. Se analizará, de este modo, la paulatina disolución de los modelos de caballería como antiguos códigos medievales en desuso a partir de la obra *Enrique IV* (partes I y II) de William Shakespeare.

Marco histórico: la era isabelina como período de transición

Al mismo tiempo que se perpetúan, en la época de Elizabeth I, ciertos códigos sociales, culturales y filosóficos característicos del período inmediatamente anterior, los siglos XVI y XVII se caracterizan por la emergencia de ciertos rasgos modernos. En el marco de esta dialéctica, la cosmovisión isabelina articula, en cierto sentido, una reformulación contemporánea de ciertos sistemas mentales heredados de la Edad Media que en el Renacimiento adquieren características propias. En este sentido debemos destacar, por ejemplo, la pervivencia de imágenes alegóricas como la Rueda de la Fortuna y la Cadena del Ser que, en la era shakespeariana, comienzan a permearse con las dudas que anuncian su caída. La Cadena del Ser constituía, en la era medieval, una jerarquía inalterable donde cada elemento –desde las piedras hasta los ángeles y Dios– ocupaba una posición fija. Dentro de este orden, la naturaleza doble –animal y divina– del hombre lo situaba en el tramo intermedio, donde el mundo divino y el humano se correspondían. La Fortuna, por su parte, determinaba el movimiento del Universo, que en la Edad Media era vivido como un ciclo.

Sin embargo, estos mecanismos, en vías de disolución hacia el Renacimiento no se perciben ya –como ocurría en la era medieval– como sistemas cerrados, armónicos, estancos. Algunos acontecimientos definitorios de la era renacentista, como la Reforma Protestante y la Contrarreforma Católica, constituyen los puntos de quiebre de todas las antiguas certezas. En efecto, dentro del sistema de pensamiento analógico heredado, la visión protestante del hombre, como ser caído, altera la correspondencia medieval entre el mundo divino y el mundo humano e inaugura una época en que la pérdida de la pureza del hombre quiebra la armonía de la Cadena del Ser y altera el movimiento del Universo que ya no será cíclico.

Además, ciertos avances científicos y tecnológicos, como la creación de tipos móviles de Gutenberg y el descubrimiento del Nuevo Mundo, también contribuyen a la relativización de todo aquello que, en el período inmediatamente anterior, se percibía como un sistema inamovible. De

este modo, al desajuste de la posición del hombre en la cadena se suma la idea precartesiana de los sentidos como algo relativizable, como una forma no confiable de conocimiento del mundo. Así, las fronteras entre apariencia y realidad se desdibujan, tópico del que Shakespeare se hizo eco desde su obra.

De tal modo, en esta era de dubitación, cuya problemática constituye el tema predominante del discurso de Hamlet, todos los absolutos se cuestionan. Así como ocurre con la Reforma Protestante, las doctrinas de Maquiavelo –que se fundamentan en la superioridad de la *razón de Estado* por sobre la moral y la ética– contribuyen a un cambio que es, también, sociocultural y político. Esta relativización del sistema de pensamiento medieval revela, entonces, una crisis epistemológica profunda, coincidente con lo que la historiografía del pensamiento occidental denomina *Modernidad*.

En el ámbito social, el ascenso de la burguesía marca también una modificación de los valores tradicionales asociados al sistema feudal. Uno de los aspectos fundamentales que atraviesa el pensamiento medieval es una imagen de la realidad absolutamente dominada por valores de heroísmo y valentía, cuyos principales representantes son los caballeros cristianos que luchan en defensa de la fe. Sin embargo, el siglo XIII es testigo de un acelerado proceso de mutación de las jerarquías que traería, pronto, el fin del feudalismo:

(...) El hecho más significativo fue la renovación de la vida económica y el ascenso acelerado de la burguesía (...). La economía rural, en que basaban antaño su poderío los señores, comenzó a declinar en beneficio de otra en la que el dinero adquiriría una importancia incomparable. Los viejos ideales –el heroísmo y la santidad– comenzaron a ser reemplazados por otros nuevos: el trabajo y la riqueza (...). (Romero, 1996: 27)

Así, los rasgos que predominan en el paradigma caballeresco, cristianizado e infundido de valores de ejemplaridad y heroísmo militar, honor, exaltación de la muerte en batalla, lealtad y obediencia “...proviene –dice Romero– de formas típicas de la sociedad feudal...” (ibíd.: 82). Ante la aparición de la incipiente burguesía, la sujeción a estos ideales feudales se reemplazó por la subordinación a la *mercancía*.

Más adelante, en el marco de las distintas etapas en el desarrollo de la mentalidad burguesa, Romero expone lo que se constituye como otro de los rasgos fundamentales de esta sociedad en ascenso, que se contrapone a los solemnes ideales feudales que la caballería había forjado para sí y que encuentra su expresión en los cantares de gesta y en la poética amatoria:

Quien une al trabajo cotidiano el esparcimiento, en la plaza o en la taberna, bebiendo y conversando, empieza a vivir y a sentir como hombre en forma distinta que el campesino. Descubre espontáneamente la licitud de la efusión sensual. Se descubre como ser de la naturaleza. (...) estas formas de vida se rigen por cosas que corresponden a la condición humana... (ibíd.: 35).

Estos rasgos que definen la mentalidad burguesa, según Romero, constituyen, también, las características fundamentales del Falstaff shakespeariano que, en tanto factótum de la cultura “no oficial” de la taberna, se define como representante de la sociedad burguesa en ascenso y, en consecuencia, como signo de la decadencia del sistema feudal. El ascetismo –que constituye uno de los valores ideales del caballero feudal– se contrapone, así, a los placeres sensuales de Falstaff.¹ De este modo, la obra de Shakespeare y, en particular, *Enrique IV*, se presenta como un eco de ciertos rasgos heredados del pensamiento medieval y, al mismo tiempo, como testigo inevitable de su decadencia.

1 Huizinga hace referencia al ascetismo como uno de los preceptos del caballero cristiano, en *El otoño de la Edad Media*, p. 117.

Caballeros al rescate de un valor “naufragado”

En la primera parte de *Enrique IV* (1597), Shakespeare presenta al rebelde Hotspur como uno de los representantes de los valores caballerescos ideales, puesto que ante el desafío de la rebelión antepone el honor como camino hacia la victoria. Así es como Hotspur se lamenta por el ocaso de este valor condenado al olvido en la nueva época:

Me parece que sería un salto fácil alzarse con el brillante honor hasta el pálido rostro de la luna o sumirse en las profundidades del abismo, allí donde la sonda no ha llegado jamás, y sacar por los cabellos al honor naufragado, de manera que le permita al que lo extraiga gozar sin rival de todas sus dignidades... (Shakespeare, 1969: primera parte, I, iii).

Sin embargo, Worcester –su interlocutor–, más sensible a las nuevas modalidades que vinculan al sujeto con su mundo, expresa su escepticismo frente a este ideal, a su entender, desgastado y obsoleto: “He ahí que abarca un mundo de fantasmas, pero de ningún modo la realidad que debiera perseguir”. En el mismo sentido, ya en *La Segunda parte del rey Enrique IV*, Westmoreland expresa, marcando su diferencia respecto de quienes aún no se han “modernizado”, la necesidad imperiosa de adecuarse a los tiempos que corren: “¡Oh, mi buen lord Mowbray! Comprended las necesidades de nuestra época y veréis que es vuestra época y no el rey quien os injuria.” (ibíd.: 2da. Parte, IV, i).

De este modo, el estado “naufragado” del honor remite a la declinación del feudalismo como sistema de creencias en el que se basan los valores de la antigua caballería frente al nacimiento de otro sistema en el cual estos valores feudales van perdiendo paulatinamente su sentido. Así, el anhelo de Hotspur –rescatar del olvido estos códigos arcaicos– se contrapone al juicio de Worcester, más en consonancia con los valores de un sistema nuevo en el que todas las ilusiones se están perdiendo y donde los dogmas no conservan ya un sentido unívoco. Por eso Hotspur, en tanto “rey del honor” –tal como Douglas lo proclama (IV, i)–, es el representante de los valores tradicionales de la caballería. Lo que Hotspur expresa son sus ansias de rescatar esos ideales heroicos que, tal como los concibe, están a punto de perderse para siempre.

También, al comienzo de la pieza, el Rey mismo exalta el heroísmo de Hotspur –quien aún no se ha rebelado– comparándolo con su hijo, entregado, de acuerdo con el análisis de Romero, a prácticas que no se condicen con su jerarquía:

Rey Enrique. —Hotspur ha hecho prisioneros a Mordake, (...) y a los condes de Athol, de Murray, Angus y Menteith. ¿No es este un honroso botín, (...) eh, primo mío?

Westmoreland. —(...) Es una conquista de que puede un príncipe vanagloriarse.

Rey Enrique. —Sí, y con esa reflexión me entristeces y me haces conocer el pecado de envidia de que milord Northumberland sea el padre de un hijo tan elogiado, de un hijo que es el tema general de las conversaciones del honor; la más erguida planta del bosque (...), mientras yo, al contemplarle a través de las alabanzas que se le prodigan, veo el libertinaje y el deshonor manchar la frente de mi joven Enrique. (ibíd.: I, i)

Libertinaje y deshonor –síntesis, ambos términos, de las efusiones sensuales de Hal opuestas a los ideales caballerescos de Hotspur– son los nuevos valores de la burguesía en ascenso que van minando los preceptos tradicionales. Pero esos códigos también se debilitan, sobre todo, a partir de lo que Maquiavelo denomina *razón de Estado* que, en esa época de inseguridades y ante el avance de los valores individuales, todo lo justifica; incluso la traición, la usurpación y el asesinato. Aunque no pueda decirse de manera categórica que el rey Enrique IV tiene las características del Príncipe maquiavélico –a diferencia de otro personaje histórico shakespeariano: Ricardo III, en

extremo despótico y cuyo carácter se asocia, fuertemente, a la *virtù*–, sí, es cierto que justifica la usurpación del trono anteponiendo la razón de Estado:

Vos, primo Nevil, estabas allí (...) cuando Ricardo, con los ojos inundados en un mar de lágrimas, acusado, insultado por Northumberland, pronunció estas palabras que se han probado como proféticas: "Northumberland, escala por la cual mi primo Bolingbroke sube al trono y, sin embargo, Dios sabe que yo no tenía tal intención, y *a no haber sido por la necesidad que abrumó al Estado de manera extremada no nos viéramos obligados a abrazarnos yo y la grandeza...*" (Shakespeare, 1969: 2da. parte, III, i)²

Así, en su separación antiaristotélica entre política y ética, lo que la cuasi moderna teoría de Maquiavelo denomina *razón de Estado* excluye, por consiguiente, los valores de la ética caballeresca basados en el honor, la lealtad, la obediencia y el desprecio explícito de la traición. La nulidad, la ineficacia del rey Ricardo II se convierten, de este modo, en problemas de Estado que es necesario extirpar aunque sea por medio del asesinato y la traición. Por eso es que la figura del rey Enrique IV es ambivalente, mientras que, por un lado, exalta los valores heroicos de Hotspur y condena al príncipe Hal por sus prácticas profanas, por el otro, es un usurpador: *su conciencia aún pertenece a la visión medieval; su praxis política, en cambio, está más cercana a lo moderno maquiavélico.*

Por otra parte, como ya hemos señalado, el sistema de pensamiento isabelino se sustenta en la relativización de todos los absolutos heredados de antiguo. De este modo, así como se produce en la época de Elizabeth □una puesta en duda del sistema de pensamiento medieval, la ruptura con el primer humanismo ya no ubica al hombre en el centro del universo sino sobre un eje desplazado de su directa conexión con la divinidad, que le quita ese lugar de privilegio y lo convierte en un ser con un destino incierto e inseguro de sus propias capacidades. Entonces, aquí es necesario considerar, además de las teorías de Maquiavelo –y, en relación con la decadencia humana antes mencionada–, las premisas del paradigma político isabelino derivadas de la Reforma de Enrique VIII a partir de las cuales la divinidad del Rey ya no es absoluta, puesto que se considera su permanencia en el poder como un *estado* sujeto a su eficacia y buen comportamiento. De tal modo, tanto la Reforma Protestante como las teorías de Maquiavelo –entre otras variables que hemos mencionado, como los nuevos descubrimientos científicos y tecnológicos– contribuyen a crear una imagen del hombre que, habiendo perdido gran parte de los atributos que conforman su identidad, se constituye, principalmente, en la dubitación.

Desde el punto de vista de las prácticas caballerescas, no solo el código del honor aparece en *Enrique IV* como un valor obsoleto, relativizado y en vías de disolución, sino que también el sentido primero de las Cruzadas –tradicional misión de la caballería medieval, cuyo fin último fue la lucha contra los infieles–³ se muestra como un valor degradado, invertido, desprovisto de su significación original. Así, para el rey Enrique IV y su carácter ambivalente, las misiones a Tierra Santa adquieren un sentido especial: lavar su culpa por el asesinato de Ricardo II y la consiguiente usurpación del trono –un interés tanto personal como político que coincide con los valores individualistas propios del Renacimiento–. Como veremos, el carácter también ambivalente del príncipe Hal representa una síntesis de la era isabelina como período de transición.

2 Itálicas de la ponente.

3 De ahí, también, que el ideal caballeresco estuviera vinculado, en la Edad Media, a valores cristianos. Incluso, Huizinga ha señalado "Las conexiones del ideal caballeresco con elevados elementos de la conciencia religiosa –la compasión, la justicia, la fidelidad...–" (Romero, *op. cit.*, p. 149). (Cfr. *El otoño de la Edad Media*, p. 117-118).

Falstaff: el anticaballero

No quiero un honor que haga una mueca como la de Sir Walter.
Dadme vida; si puedo salvarla, bueno; si no, el honor llegará sin que se le haya llamado
y todo se acabó. (ibíd.: V, iii)

Este fragmento en boca de Falstaff, durante el fragor de la batalla frente a los rebeldes, resume su posición sobre uno de los principales valores en que se fundamenta el ideal caballeresco: el honor. La oposición planteada por Falstaff entre vida y honor establece una clara sinonimia que iguala honor y muerte. Así es como, frente al ideal caballeresco del honor como culto a la muerte, Falstaff elige, en cambio, lo que Romero atribuye a prácticas burguesas en ascenso, que Falstaff comparte con el futuro rey Enrique V: la taberna, los placeres sensuales y mundanos que, también, corresponden al orden de la cultura popular (Bajtún, 1987). Así, contra esta exaltación de la muerte, Falstaff elige la celebración de lo vital, en la que atribuye una importancia superior a la conservación de la integridad física por sobre el honor en tanto valor ideal:

¿Qué necesidad tengo de meterme donde no me llaman? (...) el honor me agujonea hacia adelante. Sí; pero ¿qué, si el honor me agujonea hacia atrás cuando avance? ¿Es que el honor puede reponer una pierna? No. ¿O un brazo? No. El honor, ¿no tiene, pues, ninguna habilidad en cirugía? No. ¿Qué es el honor? Una palabra. ¿Qué es esa palabra honor? Aire. ¡Un adorno costoso! ¿Quién lo posee? El que murió el miércoles. ¿Lo siente? No. ¿Lo oye? No. ¿Es, pues, una cosa insensible? Sí, para los muertos (ibíd.: Ira. parte, V, i).

En este discurso cargado de ironía Falstaff desacredita ferozmente el heroísmo del honor caballeresco que, ante los nuevos tiempos, considera obsoleto. Su escepticismo frente a la significación de esa palabra responde a la necesidad de edificar otros sistemas en consonancia con la época naciente. De esta manera, *honor* adquiere significado en tanto responde al sistema feudal en el cual este valor, entre otros, consolida la jerarquía y la sujeción de los guerreros a su señor. Pero ante la disgregación de este régimen y la aparición de uno nuevo, el vocablo pierde su sentido original. El escepticismo de Falstaff frente al significado del término coincide con ese creciente sentimiento de relativización del lenguaje propio del nominalismo renacentista presente en Montaigne, cuyos *Ensayos* Shakespeare, sin duda, conoció.⁴ Precisamente, la analogía honor-aire expresada por Falstaff representa la clásica posición nominalista según la cual, a partir de la tesis de Roscellino de Compiegne, el concepto es *un soplo de la voz* (*flatus vocis*) (Pernoud, 1973: 100-102).

También la importancia del valor guerrero es mancillada por Falstaff en uno de los momentos culminantes de la primera parte. Así, en medio de la batalla contra los rebeldes, este caballero devenido burgués empuña, en lugar de una espada, una botella de vino, en un gesto que evoca nuevamente los valores de la vida mundana ya mencionados (V, iii). Del mismo modo, al fingirse muerto, burla la validez de los códigos caballerescos basados en el heroísmo, la valentía y la exaltación de la muerte en batalla.

Por otra parte, existe una fuerte vinculación de Falstaff con el dinero (es salteador de caminos) que, como hemos dicho, es uno de los principales valores a los que se somete la burguesía naciente. Dice Falstaff: “He abusado de la orden del Rey de una manera condenable. Me he embolsado trescientas y tantas libras por el reclutamiento de ciento cincuenta soldados” (ibíd.: IV, ii). Este rasgo se contrapone al espíritu caballeresco, que levanta como estandarte el desprecio por los bienes terrenales; contrariamente a la mentalidad burguesa y su sujeción a la mercancía (Huizinga, 1953: 112).

4 Cfr. Elton, W. R., p. 27.

Así, en términos de la estructura dramática, ambas partes de *Enrique IV* presentan dos dimensiones antagonicas que se ordenan en contrapunto. Por un lado, el universo oficial –regido por valores caballerescos en estado de decadencia, atravesados por ideales propios de un nuevo sistema– está representado por la corte del rey Enrique IV. Por el otro, el universo no oficial –cuyo rey es Falstaff– se desarrolla en la taberna y en la calle, y está gobernado por la moral del deseo, los apetitos sensuales y la exaltación de lo vital, contrarios al culto a la muerte característico del heroísmo caballeresco. La desacralización, por parte de Falstaff, de los valores caballerescos responde a su oposición a la cultura oficial –la de la corte–, al mundo serio y solemne regido, aunque solo aparentemente, por el honor y la valentía guerreros, la moral de la responsabilidad y el ascetismo. Las escenas protagonizadas por Falstaff constituyen, pues, un comentario paródico de la acción “seria” que transcurre en la corte. El universo de Falstaff –donde impera la moral de la sensualidad– funciona como subversión de los valores oficiales del Estado.⁵

De tal manera, a través de la estructura contrapuntística de las dos partes de *Enrique IV*, la credibilidad absoluta de aquello que se muestra en la acción principal resulta minada. Desde el punto de vista dramático, la duplicación es una metáfora de la relativización de los absolutos propia de la época. La duplicidad o multiplicidad de acciones en Shakespeare caracteriza el pensamiento de un siglo en que los juicios de valor unívocos están puestos en duda.

En este entramado dialéctico, Hal actúa como una bisagra que sintetiza ambos mundos. Por un lado, contrasta con Falstaff, porque conserva ciertos rasgos caballerescos; por ejemplo, en el intercambio de insultos entre ambos personajes –mientras que Falstaff está asociado a todo lo material y a su ancho cuerpo (en II, iv Primera Parte, Hal lo llama, por ejemplo, “bola de sebo, tripudo, enorme cerro de carne”), el príncipe se vincula con lo delgado, con lo ascético (Falstaff lo llama “...hambriento, piel de anguila, lengua de vaca ahumada,(...) vaina”)–.

Pero, por otro lado, Hal comparte con Falstaff el gusto por los placeres de la taberna como fiel representante del incipiente espíritu burgués. Hal se mueve, entonces, dentro de una dialéctica donde deberá elegir entre una de las dos dimensiones. Sin embargo, aunque finalmente elegirá la dimensión “seria” del mundo, su carácter ambivalente es una síntesis de ambos planos. En este sentido, la puesta en abismo en la que Falstaff asume el papel del rey opera como una inversión paródica que preanuncia su propia muerte en la nueva conformación del poder político. Dentro de la acción paralela de ambas piezas, Hal realiza un adiestramiento junto a Falstaff gracias al que aprende, especialmente, la importancia y la utilidad de la acumulación de dinero a favor de la Corona y el dominio de los espacios antitéticos –la corte y la taberna– para gobernar con mayor eficacia en un tiempo en que la ciudad ha desplazado al feudo. Este aprendizaje conformará la síntesis del nuevo rey Enrique V.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl. 1987. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Forcat, Julio y Conroy, Cesar (trads.). Madrid, Alianza.
- Bloom, Harold. 2002. *El canon occidental: la escuela y los libros de todas las épocas*. Alou, Damián (trad.). Barcelona, Anagrama.
- Hauser, Arnold. 1980. *Historia social de la Literatura y el Arte*. Vol. 2. Tovar, Antonio y Varas-Reyes (trads.). Barcelona, Guadarrama.
- Huizinga, Johan. 1953. *El otoño de la Edad Media: estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*. Gaos, José (trad.). Madrid, Revista de Occidente.

5 En este sentido, como inversión de la cultura oficial, el universo de Falstaff es un equivalente del “mundo al revés” del carnaval. (Cfr. Bajtín, p. 16).

- Kott, Jan. 1993. *Shakespeare, nuestro contemporáneo*. Brook, Peter ("Prefacio"). Olszewska Sonnenberg, Katarzyna y Trigán, Sergio (trads.). Barcelona, Alba.
- Miethke, Jürgen. 1993. *Las ideas políticas de la Edad Media*. Bertelloni, Francisco (trad). Buenos Aires, Biblos.
- Muir, Kenn y Schoebaum, Samuel (eds.). 1980. *A New Companion to Shakespeare Studies*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Romero, Jose Luis. 1996. *Estudio de la mentalidad burguesa*. Madrid, Alianza.
- , 1991. *La Edad Media*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Shakespeare, William. 1969. *La primera y la segunda parte del rey Enrique IV*. Astrana Marín, Luis (trad.). Madrid, Espasa-Calpe.
- , 1963. *Teatro Completo*. Astrana Marín, Luis (trad. y prol.). Buenos Aires, El Ateneo.
- Tillyard, Eustace Mandeville. 1984. *La cosmovisión isabelina*. Utrilla, Juan José (trad.). México. Fondo de Cultura Económica.
- , 1986. *W. Shakespeare's History Plays*. Londres, Pelican.

CV

NOELIA NORMA FERNÁNDEZ ES EGRESADA DE LA CARRERA DE LETRAS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA) Y DESDE 2005 ES AYUDANTE DE PRIMERA EN LA CÁTEDRA DE LITERATURA INGLESA DE ESA FACULTAD. HA TRADUCIDO, ESPECIALMENTE PARA LOS ALUMNOS DE LA CÁTEDRA, VARIOS ARTÍCULOS SOBRE LITERATURA ISABELINA.